

MISTERIO DE LA MUERTE DEL TORO

Evaristo Bellotti

Escultor

Tertulia Internacional de Juegos y Ritos Táuricos (T.I.J.R.T.)

RESUMEN

«Misterio de la muerte del toro» pertenece al libro de poemas de Vicente Aleixandre titulado *Diálogos del conocimiento*. Este poemario fue escrito entre los años 1966 y 1977.

Con este texto me propongo ponerle voz a mi lectura del poema. Pero no solo. También se trata de deducir una Tauroma-

quia de Vicente Aleixandre. Este sería entonces el primer ensayo de una serie. Este texto debe de entenderse como una producción de la Tertulia Internacional de Juegos y Ritos Táuricos (TIJRT), en el marco de una defensa general de la tauromaquia.

MISTERIO DE LA MUERTE DEL TORO

Vicente Aleixandre (1966-1977)

EL TORO (1) (*entrando*).

Se abre la luz. ¿Ya es noche? Pero ciegan los oros.
Con furor semejante todo es chorro, en mi belfo.
Qué confusión de olores. Pero a muerte finita.
Qué desvelado mundo mis pupilas dilata.

EL TORERO.

Pasa el toro y se cruza como un sutil embuste.
La verdad es un cuerpo quebrando el aire fino.
Brillan mis alamares con el sol ya rendido
y más verdad proclaman cuando una capa ofrecen.
Es el engaño aleve como un ala extendiéndose.
Tentando ahí un hocico con su vuelo instantáneo.
Un aroma a claveles para la plaza inmensa.

EL TORO.

Soledad, no he entendido. ¿Son las arduas arenas?
¿Qué conmoción invade mi presente amenaza?
Soy yo, soy yo, más bulto, más negror, más porfía,
Mientras alzo el testuz hacia un cielo ofendido.
¿Pues qué? Mi cuerno inmenso rasga su seda ilustre.
Siento el cielo en sus puntas y su azul se desgarrar,
pabellón no estrellado, mas de luces heridas
que en mis astas levanto como un cuerpo encendido.

EL TORERO.

La vida es un engaño que a cuerpo limpio reto.
No es un baile la vida que diestramente burlo,
sino un mapa de arena donde mi pulso late,
un vuelo o mago envió, con los dos pies en tierra.
Allá sus amarillos, el oro en este lienzo
con bermellón cruzado color sangre de toro.
Y rubrica en la flámula su salvación vencida
maravillosamente como una gracia inútil.
Soy la luz, soy el orden de las alas abriéndose.
La victoria precisa sobre una ciencia insigne.

Y otra música escucho que nadie aquí ahora oyese.
Mientras suena en el polo, en las liras o el asta.
¡Eh, toro...!

EL TORO.

Cuán pesada la tarde. Nadie piensa
como esta arena o piedra para mis cascos quietos.
Inmóvil un momento miro en redondo. Sueño
o pienso. Es la ciudad o un golpe de fortuna
hecho una plaza o cielo u otros brillos sin rumbo.
¿Quién ruge? Es un sonido. Una sola garganta
feroz que muerte grita por sus cuerdas tensadas.
¡Muerte! Y el rostro innúmero todo en rojo relumbra.
Un momento mi cola mueve un viento de hierbas.
Al fondo las marismas, la voz, el olmo, el río.
Las nubes ligerísimas sobre la fronda virgen.
Sólo el viento en las hojas como un beso pulsándolas,
mientras el toro negro recibe el sol penúltimo.
Campo, campo...

EL PÚBLICO.

¿Quién grita? Hijo de tal, tu nombre.
Viva. Muera. Te juro. Maldito. Fuera. Arriba.

EL TORERO.

Mi cuerpo a solas canta entre un zumbar profundo.
No es la sombra rozándome, sino un volumen sólo.
Masa toda agolpada, como un presente omnímodo.
Júpiter. Más. Y un mundo se siente fiel a su órbita.
Pero cuán delicada, cuán calculada y justa;
el alamar rozándola casi tiembla, y resbala.

Y en la mano percibo el orden de algún astro,
mientras mi pecho inmóvil su curva ahora dibuja.

EL TORO

¿Qué veo? No es sombra. Mi pupila enrojece.
Persigo un sueño o invento lo que está o he pensado.
De repente lo ansío, pero el aire, mis astas...
Soledad. Un deseo es un cuerpo plantándose.
Cuán hermosa es la vida, su materia tan bella,
corporal, revelada bajo un sol, y retándome.
Invitando. Y se ofrece, como amor, pronunciándome.
Porque existe. Y me hace. Porque está yo me existo.
Cuán completa mi fuerza, mi medida. Ah, qué justo
es vivir, desear. Sólo así en inminencia.

EL PÚBLICO.

Fuera, fuera. Cobarde. (*Vidrios, visos, destellos*).
Fuera. Escapa. Las negras...Y tu madre. Matadle.

EL TORERO.

Siento brisa en los dientes, cual cuchilla en silencio.
No me engaña. Astifino, casi un soplo me hiela.
Pero yo desbarato con mi aliento los humos
o la bruma y relucen otras luces más ciertas.

EL TORO.

Derribados los muros, es el campo, es la vega.
Son los vientos más libres en los claros ollares.
Pues que mugen o cantan. ¿Quién responde? ¿Quién grita?
Esa forma es su sombra. Tan gentil, ay. La embisto.
Y la arrojo a los aires. Pero es aire, y más aire.

Soledad, tú me matas con tu estrépito inmundo.
Una nube me engaña, colorada ofreciéndose.
Y si corro es la vida que se evade, y aún sueño.
Todo es soñar: mis ojos, mi testuz. Nada siento.
Solo un brillo, y me ciega. Soledad, a ti siento.

EL PÚBLICO

Bravo. Fuera. Los ojos. Que lo cuelguen. A muerte.

EL TORERO.

¡Qué tentación! ¡Vivir! La muleta no es sueño.
Mas, real, adormece porque canta, o suspira.
Es un deseo solo, casi es amor o un nombre.
Qué lentamente ella pronuncia cual un labio
la palabra invisible como un beso nocturno.
No hay estrellas, no hubiera, pero brilla una luna
y ese caliente roce como un beso densísimo
se enciende: y es amor, y enardecido canta.
La muleta es la sangre del amor derramándose.
Son sus pulsos más hondos los que laten secretos
y ese bulto obedece por amor, va seguro,
va sorbido, destruido, que, es decir, va a acabarse.
La destrucción o amor en las negras arenas,
donde el cuerpo clavado por un dardo amoroso
rinde sus calofríos y se derrama y funde
como un fuego en las sombras, donde nada visible.
Soledad. Nadie ha visto. La plaza, ciega. Solos.
Este ruedo girando tiene un centro en sí mismo.
En el amor deshecho, pues de amor ha nacido.
Ha matado. Ha vivido. Es amor. Queda el viento.

LECTURA DEL POEMA

EL TORO (ENTRANDO)

Se abre la luz: Se abre el portón de toriles y la luz ciega al toro. *¿Ya es noche?* No. *Pero ciegan los oros:* los trajes de luces. El belfo del toro (éste de Aleixandre que abre plaza es negro), expresa, mejor que ninguna otra parte anatómica del animal, el estado de ánimo del toro: *todo es chorro en mi belfo*(2). Todo el toro bufaba, *es chorro*(3). Y el poeta se dice: *con furor semejante...* (En la fiereza del toro está el principio de la tauromaquia). Pero es en la irritación de los sentidos, lo que el belfo pone de manifiesto tan gráficamente: *Qué confusión de olores* (aquí, el sentido del olfato engloba los otros cuatro sentidos), donde el toro busca sentido. Pero el sentido en el toro equivale a instinto. Por esto el poeta aclara enseguida: *Pero a muerte finita*. El toro no concibe su muerte. Aunque quiera sorber con los ojos: *mis pupilas dilata*, el redondel pan-óptico, *desvelado mundo* al que acaba de acceder (la plaza).

EL TORERO

Pasa el toro y el torero se cruza con el toro como un sutil embuste. La noción de verdad, de raíz barroca, es inexcusable. Pero la verdad no está dada. Como en el resto de las artes, hay que producirla. De modo que *La verdad es un cuerpo quebrando el aire fino*. El torero debe de encarnar la verdad. El quiebro está en el origen del toreo y la tauromaquia exige que el aire entre el pitón del toro y el cuerpo del torero sea *fino*. El torero, consciente de que la inteligencia humana es superior al instinto del animal (aunque el valiente de la tradición española haya quedado reducido, por momentos, a su caricatura), dice: *brillan mis alamares*, quizá «mis saberes», aunque lo más seguro es que aluda al brillo de los alamares (el torero) que no se tapa, que se ofrece arrogante y da al toro por vencido: *el sol ya rendido*(4). Y por si hubiera sido un amago, el destello ocasional de alguna luz: *más verdad proclaman* (los alamares) cuando el torero vuelve a citar al toro: *cuando una capa ofrecen*. La capa pesa, pero la corrida de

toros es una función barroca en este poema de Aleixandre, y la capa, que parece ligera: *como un ala extendiéndose*, oculta la traición: *el engaño aleve*. El poeta, espectador él mismo de la lidia del toro negro que acontece en el interior del poema, se fija en el hocico del toro, donde el torero toca al toro con los dedos alados del capote: *su vuelo instantáneo*, porque dura un instante: el toro ya va embebido en la capa y lo que sigue es indecible: *Un aroma de claveles para la plaza inmensa*(5).

EL TORO

El toro engañado: *no he entendido*, no se lo explica e invoca *Soledad*(6). ¿Será el capote una arena, *las arduas arenas* una tanda de lances de capa? La conmoción del toro: *¿Qué conmoción?* debe de entenderse en el tiempo del animal vivo. Por conmoción, a su vez, la acción del torero: *invade mi presente amenaza*. Así, el poeta se mete en la piel del toro y se identifica: *Soy yo, soy yo*, como si previniera al torero, soy *bulto*(7), *negror, porfía, mientras alzo el testuz hacia un cielo ofendido*. Sí, a la vez que se identifica como una amenaza, llama a su dios, el sol, que está en el cielo, que deseara *ofendido*, pero no está. El ofendido es él mismo, él es el que es, él es el dios. Como no hay respuesta, vuelve a su realidad y se emplaza: *¿Pues qué?* Mi poder, se dice: *Mi cuerno inmenso*, no tiene medidas. Y busca al torero. El cuerpo del torero sí tiene medidas, las de *su seda*, es mortal, es *ilustre*, un héroe, no un dios. Siente el toro: *el cielo en sus puntas*, en las puntas del cielo que atraviesa, quiere la carne del torero, pero el torero no es el azul que desgarrar: *y su azul se desgarrar. Siento el cielo (es lo que acaba de herir) un pabellón no estrellado* (el cielo raso), *mas de luces heridas*: el cuerpo del torero contra el cielo. Ahora sí le ha prendido. El torero (los alamares), *que en mis astas levanto, como un cuerpo encendido*, es una tea de dolor *encendido*.

EL TORERO

La vida es un engaño, el arte de torear *engaño*. Engaños los trastos y las artes del torero. Engaño el toro, engaño el propio torero. Se diría que el torero está diciendo que la vida es mera apariencia, que nada es lo que parece. Y cuando dice: *que a cuerpo limpio reto*, que él, el torero, se enfrenta a las apariencias (la vida) sin apariencias, sin engaños, *a cuerpo limpio*, que está reivindicando el toreo sin trampas. Y porque renuncia a las apariencias: *No es un baile la vida*, esta vida que burla no es un baile, es un juego de las apariencias. El toro no baila. Por esto ya puede decir con orgullo: *que diestramente la burla*. Una vez resuelto este problema ético, y el lector entenderlo leyendo «toro» donde dice «vida», el torero puede entrar en materia, reivindicar que la faena es una obra. En la faena mido los terrenos y describo *un mapa de arena*, pongo el cuerpo *donde mi pulso late*, y la trazo a mano alzada: *un vuelo o mago envió*. Sí, tengo una faena imaginada *con los dos pies en tierra*. Porque yo piso los terrenos del toro. El albero: *Allá sus amarillos*, entendido como una extensión amarilla (*lienzo*) que registra las evoluciones del toro y del torero: *con bermellón cruzado*. El propio color bermellón (quizá el color de la capa) manchado por el *color sangre de toro*. El torero derrama sangre. Se salva matando(8). Y *rubrica en la flámula*: escribe con la tela (la bandera), no sin solemnidad, su salvación. La muerte del torero: *vencida maravillosamente*. El torero en la tauromaquia de Aleixandre sale a morir. Si sale vivo es de maravilla. Pero lo que maravilla es su destreza de matador. Mata y retiene su vida *como una gracia inútil*. Y exaltado(9), afirma que ha vencido a la vida, es *luz*, es *orden*, *de las alas abriéndose*. Pero el torero aleixandrino no hace justicia, es apolíneo, es un ángel. *La victoria precisa* de la *techne* del torero sobre la vida instintiva del toro está sobre-determinada. Cuando llega el torero a la plaza, esta sobre-determinación ya rige la relación (la guerra) entre el torero y el toro. La tauromaquia: *una ciencia insigne*. El poeta imagina entonces la soledad del torero: *Y otra música escucho que nadie aquí ahora oyese*. «Nadie aquí» expresa la posición del torero (el silencio) en oposición radical al público (el sonido): *mientras suena en el polo, en las liras o en el asta*. Y en la mitad del ruido que llega a todos los rincones de la plaza, la voz del torero: *¡Eh, toro...!*

Tauromaquia

EL TORO

Su propio peso es lo que pesa, no *la tarde*. El dios animista se dice: *Nadie piensa como esta arena o piedra*, como de *arena* el ruedo, como de *piedra mis cascos quietos*. *Inmóvil*, en el centro de la plaza, el toro se erige en un tótem. Pero no: *miro en redondo*, es un animal vivo. Y el toro en la piel del poeta se dice: *Sueño o pienso*. Si será el público *la ciudad*, el encierro *un golpe de fortuna*, el cerco *una plaza* (el suelo). *O cielo*. El cielo abierto sobre la plaza el cosmos: *otros brillos sin rumbo*. La perplejidad del toro: *¿Quién ruge? Es un sonido*, se contesta. El público uno: *Una sola garganta feroz que muerte grita por sus cuerdas tensadas*. Concedida la muerte del toro (*¡Muerte!*) el público, *rostro innúmero, sonido, garganta, grita, cuerdas*. *Un momento*: el poeta le sueña al toro negro una dehesa: *mi cola mueve un viento de hierbas* y el paisaje se ilumina:

*Al fondo las marismas, la voz, el olmo, el río.
Las nubes ligerísimas sobre la fronda virgen.
Sólo el viento en las hojas como un beso pulsándolas,
mientras el toro negro recibe el sol penúltimo.*

Campo, campo... Pero el toro está en la plaza, no en el campo: *el sol penúltimo*, el tiempo contado de la lidia.

EL PÚBLICO

El poeta hace que se pregunte el público: *¿Quién grita?* España. El toro negro. *Hijo de tal, tu nombre*. Su historia de reyes y reinos: *Viva. Muera*. Y da una relación sucinta de las felonías.

EL TORERO

El torero tiene el cuerpo: *Mi cuerpo a solas canta*, viviendo *entre un zumbar profundo*, la vida que palpita en las partes blandas de su cuerpo. Está toreando y sabe lo que busca: *No es la sombra rozándome*, el toro que se pasa por la faja,

sino el acoplamiento: *un volumen solo: Masa toda agolpada*. Se propone suspender el tiempo, convertirlo en *un presente omnímodo*, macizo, en el que todo pueda ser. En la búsqueda de este tiempo cerrado, perfecto, el torero encuentra en la máxima autoridad celeste (*Júpiter. Más.*) un modelo que sirva para construir un sistema toro/torero. Pero en este mundo unívoco, ideal, están *la órbita y el alamar*(10). Es decir, el toreo, refractario a cualquier sistema. Cierto que el poeta dice de la órbita: *cuán delicada, cuán calculada y justa*. Pero es un equívoco, pues *el alamar rozándola casi tiembla y resbala*. ¡Y resbala! Cuando el torero vuelve a tomar la palabra reivindica su autonomía: *Y en la mano percibo el orden de algún astro*, un astro que no es Júpiter ni Júpiter destituido. Dicho de otro modo: le está siendo infiel a ese mundo ordenado (el de Júpiter) que *se siente fiel a su órbita*. Pero el astro es el torero. El que *su curva ahora dibuja*. El astro (el alamar) que cuelga trazando órbitas inéditas.

EL TORO

Prosigue la lidia. El toro se ensimisma y en un aparte se pregunta por lo que ve: *No es la sombra*. Tampoco era la sombra lo que rozaba al torero, sino un volumen solo: toro y torero. El toro enfurecido: *Mi pupila enrojece*, piensa al torero: *Persigo un sueño o invento lo que está o he pensado*. Reflexiona sobre su estado de ánimo, *lo ansío, pero el aire, mis astas... Soledad*. Un deseo, por el contrario, no es una imagen o un sueño o un pensamiento siquiera, *es un cuerpo plantándose: el torero*. Ahora se entiende que para el toro la vida es el torero, *su materia tan bella, corporal, revelada bajo un sol, y retándome*. El torero que le cita: *Invitando*. No es la sombra el torero sino este *cuerpo plantándose* que emerge cada vez más nítido (ahora se entiende) de la pregunta *¿Qué veo?* Lo que sigue, como una sucesión en cascada de imágenes, es la entrega del toro. El torero descubre al toro y oímos al toro decirse: *pronunciándome. Me hace. Porque está, yo me existo*. Hasta el punto de reconocerse: *Cuán completa mi fuerza, mi medida* (en el *desear*, dirá enseguida), *qué justo es vivir*. La identificación del toro con el torero, no obstante, tiene un límite: lo que el toro expresa sin saberlo cuando dice *in-*

Tauromaquia

minencia. Presenta el poeta al toro viviendo la *inminencia*. Esta *inminencia* no es la inminencia objetiva de la muerte ni la vivencia subjetiva de la «propia» muerte como una realidad(11). No, es en el juego (la faena en la función de toros o el poema): *Solo así en inminencia*, y no en la realidad de la plaza (el toro es un animal, no un humano condenado a muerte) donde el toro de Alexandre vive la muerte (*Soledad*) como un misterio.

EL PÚBLICO

El público no perdona estos entendimientos: *Fuera, fuera. Cobarde*. Ni los del toro *Fuera. Escapa*. Las banderillas negras, tú toro y toda tu ascendencia.

EL TORERO

El torero no tiene salida. Domina el miedo: *Siento la brisa en los dientes*. Pero se palpa el peligro: *cual cuchillo en silencio*. Debe de fajarse con el toro: *No me engaña*. Pero se dice: *Astifino, casi un soplo me hiela*, me mata. Ha de sobreponerse a las dificultades: *yo desbarato*, e imponer con su valor: *con mi aliento*, su inteligencia: *otras luces más ciertas*.

EL TORO

Derribados los muros. Tampoco hay salida para el toro. Fuera: *es el campo, es la rega*. Está encerrado. Vuelve con todos sus sentidos al coso. Coge aire: *Son los vientos más libres en los claros ollares*. Se emplaza. Amenaza. Es la casta. Ve al torero: *Esa forma es su forma. Tan gentil, ay. La embisto* se dice el toro, pero no encuentro más que *aire y más aire*. Desespera. Reprocha ¿a quién, a qué? *Soledad, tú me matas con tu estrépito inmundo*. El torero se perfila para matar. La muleta: *una nube, colorada ofreciéndose*. Sabe el toro que va (me engaña), pierde la vida, va. *Todo es soñar. Nada tiento*. Así dice el poeta la muerte del toro. *Solo un brillo, y me ciega*. Hasta el límite último: *a ti siento*, (la espada) atravesándole: *Soledad*.

EL PÚBLICO

Celebra el fin. Cruel. Patíbulo. *A muerte.*

EL TORERO

El torero exclama: *¡Qué tentación!* «Tentación» implica una prohibición y, por tanto, la existencia de una ley. Como la tentación es salvar la vida: *¡Vivir!*, la ley que el torero estaría saltándose sería la que le obligaría a morir en la plaza. Si la muleta fue *nube* para el toro (engaño), para el torero *no es sueño*. ¿Qué entonces?: *Mas, real, adormece porque canta, o suspira*. Lo que sigue es un elogio de la muleta, extensión del torero, instrumento que *canta, o suspira* (dos variantes del temple). La muleta no es arma(12), es una prolongación del cuerpo del torero: *Que lentamente ella pronuncia cual un labio/la palabra invisible como un beso nocturno*. Es la muleta y no la espada la comprometida en la definición sexual del toreo: *ese caliente roce como un beso densísimo*. A la que sigue una definición trágica de la muleta: *La muleta es la sangre del amor derramándose*. Para concluir con otra definición, esta vez del torear templado: *Son sus pulsos más bondos los que laten secretos*. De este modo, Vicente Aleixandre produce cinco aproximaciones al toreo de muleta, el segmento de la corrida en el que el toreo moderno ha indagado más a fondo. Para rematar: *y ese bulto obedece por amor*, la respuesta del toro bravo. No sin advertir la necesidad de la casta: *va seguro, va sorbido, destruido, que, es decir, va a acabarse*. El toro de Aleixandre se vacía: *va a acabarse*, llegar hasta: *La destrucción. O amor*, dice, porque la espada, como *dardo amoroso*, convierte al toro en *cuerpo clavado*, la consumación efectiva del acto sexual y/o la muerte como insolubles: *donde nada es visible*. La palabra «Soledad» (*Misterio de la muerte del toro*) marca los grandes impasses del poema. En este caso la conmoción que recorre los tendidos cuando el toro es apuntillado. Muere el toro (*Soledad*) y: *Nadie ha visto*. Se diría que nada ha sucedido. *La plaza, ciega*. Como si negara lo visto. *Solos*: el toro muerto y el torero vivo. Gira el ruedo, no el torero, que en tanto matador y en su pesar es *un centro en sí mismo*. No hay éxito ni trofeos que compensen al torero salvo *amor*, no pudiendo significar

«amor» más que *un deseo solo. O un nombre*: el cultivo de la destreza del torero ligada trágicamente al sacrificio del toro. Así: *La destrucción o amor en las negras arenas*. El poeta no evita la gravedad del hecho. Y razona: *En el amor desbecho, pues del amor ha nacido*. Para concluir: *Ha matado. Ha vivido*. Y da para terminar la extraña imagen de la plaza sin público. *Es amor* significaría que el deseo retornará, y con el deseo la tentación. La tentación de matar. *Soledad*.

NOTAS

- 1.- Aleixandre desarrolla intuitivamente el diálogo entre toro y torero sobre un dato fisiológico comprobado. El toro no tiene muy desarrollado el sentido de la vista, y se ayuda del olfato y del oído.
- 2.- La tendencia a atribuirle al toro rasgos humanos es difícil de evitar. Esta misma tendencia atribuye a las máquinas digitales rasgos humanos. El paralelismo máquina-animal y la relación entre maquinismo y animales será objeto de posteriores investigaciones en el marco de una defensa general de la Tauromaquia.
- 3.- En la tradición popular este *chorro* de aire se transforma en chorro de fuego. Imagino que la dificultad de representar el aire empujó a los artistas a representar el aire como un chorro de fuego.
- 4.- La concepción aleixandrina de la tauromaquia es íntegramente pagana. El toro es un dios solar o el propio sol.
- 5.- En este verso, el más taurino del poema, se aprecia la diferencia que Mariano Roldán establece entre lo taurico y lo taurino. Aleixandre se decanta por lo taurico. *Poesía universal del toro (2500 a C.-1990)*. Espasa Calpe. Madrid. 1990
- 6.- La palabra Soledad es la de más densidad del poema. Quizá equivalga a muerte. En el último tramo del poema llega con la espada: *Solo un brillo, y me ciega. Soledad, a ti siento*. La palabra espada, tan aleixandrina, no aparece en este poema.
- 7.- Ya en el poema inicial aparece «el bulto» - uno de los vocablos más frecuentes en cualquier época de la poesía de Aleixandre, expresión del estar,

del consistir material del cuerpo - y de lo que se trata es, precisamente, de que este bulto, <insigne> - insigne porque, en la jerarquía aleixandrina, lo material es lo cósmico - se defina y perfile irreductible, flagelando la sombra helada de la noche. Pere Gimferrer. En el prólogo de *Vicente Aleixandre. Antología total*. Seix Barral. 1977.

8.- La lógica taurina de Aleixandre es terrorífica por pagana. El torero salva la vida o muere. Se salva matando.

9.- Algunos toreros tienden a sobre-actuar esta «exaltación», que se entiende porque acaban de salir vivos del trance, pero mejor sería que moderándose dejaran ver que a toda consumación le sigue una recaída en la tristeza, y que la muerte del toro al término de la faena también es una *pétit mort*.

10.- El alamar se figura que (él mismo) permanece inmóvil en el espacio mientras cae a plomo. Y la órbita que nada se mueve en su centro (ella misma).

11.- La incompreensión animalista de la muerte del toro resulta de una anti-visión realista, donde expulsada la pregunta por la verdad, solo queda la realidad. De realizarse esta realidad solo quedaría la barbarie. En el animalismo hay una intuición de la barbarie que equivaldría, en efecto, a una tauromaquia sin verdad. Que es una posibilidad real. Un matadero electrónico de toros, por ejemplo. Pero es la alienación de los animalistas a la realidad lo que les impide apreciar la verdad, en este caso de la tauromaquia. Un problema que ya afecta al resto de las artes y a la propia libertad de expresión. La libertad de cuestionar la realidad.

12.- La espada brilla, el cuerno hiela. Dos visiones distintas del arma del contrario, la del toro que ve la espada del torero brillar, efecto físico que registra el toro imprecisamente, y la del torero, que hace la metáfora matar-helar con el fantasma de la cornada mortal.